

La Argentina que deja Néstor Kirchner

Luis Lafferriere - Director Proyecto Extensión 'Por una nueva economía, humana y sustentable' de la UNER

Es difícil hacer una referencia a la Argentina que queda tras el fallecimiento de Néstor Kirchner, con una mirada desde la economía política, sin hacer una breve referencia al contexto histórico y mundial, como marcos necesarios de una adecuada interpretación. Esto, porque la situación que vivimos hoy no es responsabilidad exclusiva de un gobierno, sino que es el desenlace de un proceso histórico (con muchos responsables), y no está aislado y cerrado en sí mismo, sino condicionado por un sistema mayor al cual pertenece.

El sistema capitalista internacional superó la crisis de fines de los años '60 del siglo XX a partir de las fuertes reacciones que la misma desató, y que tuvo como protagonistas centrales a los sectores más concentrados del poder mundial. Reacciones de tal magnitud, que van a generar en un par de décadas una nueva y mucha más profunda crisis, que para algunos (me incluyo) es considerada como civilizatoria (y cuya resolución demanda un cambio de esa característica).

El despliegue del proyecto neoliberal arrasó con históricos avances sociales y laborales alcanzados durante la segunda posguerra, dismanteló los controles y regulaciones estatales sobre el accionar de los grandes conglomerados empresariales, y profundizó enormemente las brechas de desigualdad y marginalidad social. Hoy en el mundo pasan hambre alrededor de mil millones de personas, en tanto menos del 20% del total de la población son responsables del 80% del consumo global. Y cada día mueren de hambre 35 mil niños menores de cinco años.

Pero además de la situación de pobreza estructural que condena a más de la mitad de las personas que habitan en este planeta, aparece un peligro mayor, que pone en peligro la supervivencia de todos los seres humanos: la crisis ambiental, incluyendo la creciente escasez de recursos naturales esenciales y el cambio climático que eleva la temperatura media de manera alarmante (donde las proyecciones para las próximas décadas, en caso de mantenerse el ritmo y las características de la actividad económica actual, sostienen el serio riesgo de llevarnos a todos hacia un escenario catastrófico).

El propio sistema capitalista se enfrenta a una crisis de sobreproducción que no avizora soluciones en un horizonte cercano, ya que necesita recuperar una demanda en crecimiento constante, cuando a la vez las propias políticas neoliberales impulsadas para maximizar los beneficios del gran capital, han dejado mercados anémicos. Entre tanto, las grandes empresas transnacionales de los países capitalistas dominantes siguen acumulando, con su tendencia a una mayor concentración y centralización, a costa de quedarse con mercados, sectores y riquezas en todo el mundo.

En este contexto, los dueños del mundo saben de la insustentabilidad del crecimiento perpetuo en un planeta finito, pero en lugar de pensar en cambiar la matriz irracional del hiperconsumismo y la depredación, piensan la solución a través de la eliminación de miles de millones de personas que le sobrarían a este sistema (y que encima consumen!). Además, con otra de sus estrategias, las ET han impulsado para los países dependientes un nuevo modelo de organización productiva y de saqueo de sus riquezas, a través de la sobreexplotación de los recursos naturales.

La Argentina es parte del sistema capitalista mundial, sólo que en un lugar periférico y dependiente. Nuestra sociedad vivió un período de varias décadas de crecimiento con la industrialización por sustitución de importaciones (modelo ISI), que significó importantes mejoras en las condiciones de vida de una amplia mayoría. Pero desde mediados de los años '70, se inició una crisis profunda, prolongada y desigual, que quebró las bases de sustentación de la estructura económica y social vigente hasta entonces, echando por tierra conquistas históricas y generando una regresión inédita que aún hoy continúa.

La crisis no sucedió por casualidad o por fatalismo histórico. Hubo un proyecto deliberado, que llamamos de concentración, saqueo y genocidio, impulsado por los sectores dominantes, que buscó deliberadamente esa crisis y la ruptura del tejido económico y social. Tarea que se inicia a mitad de la década del '70 y que recién va a estar concluyendo dos décadas después. La crisis supuso una etapa de transición entre un modelo que no terminaba de morir y otro en su reemplazo que no acababa de nacer.

En los últimos años del siglo XX se va delineando la esencia del nuevo modelo económico-social, que recién va a asomar con más claridad luego de la crisis del 2001-2002. Se trata del modelo neocolonial extractivista, que es parte del reordenamiento que impulsan los capitales más concentrados del mundo para América del Sur, y cuya gestión asumen de manera subordinada la mayoría de los gobiernos de esta región.

La Argentina que recibió Kirchner, y la Argentina que queda

El fin de la convertibilidad y la crisis del 2001-2002 puso al desnudo no sólo la inviabilidad de ese esquema cambiario, sino también el carácter regresivo, antinacional y antipopular del modelo neoliberal dependiente que se estaba gestando en la Argentina. El pueblo en la calle salió a repudiarlo y a pedir "que se vayan todos" los políticos responsables que lo impulsaban. El Justicialismo (con Menem a la cabeza) y sectores importantes de la oposición acompañando, fueron las artífices en los noventa del nuevo modelo. Y serán los mismos actores, en lo que va de este nuevo siglo, los garantes de mantenerlo en sus bases esenciales.

El largo proceso de crisis y la reestructuración del sistema en el cambio de siglo, dejaba una pesada herencia. Un Estado al servicio de los capitales más concentrados, con grandes prioridades: cumplir con los compromisos de una deuda ilegítima, inexistente y fraudulenta; continuar con los subsidios a los grandes grupos empresariales; y mantener la esencia de la nueva estructura regresiva,

neocolonial extractivista, garantizada además con un marco jurídico de entrega (que incluía la renuncia a nuestra potestad soberana de juzgar los hechos que involucren a las empresas extranjeras en nuestro territorio).

Un país sin proyecto nacional, una Nación sin soberanía, una sociedad desigual, eran características de la Argentina en el año 2003. Pero con una novedad más que auspiciosa: sectores populares movilizados abrían una grieta en el sistema y cuestionaban seriamente el rol de la partidocracia, que había asumido la función de gestionar e impulsar el proyecto dominante como su objetivo principal, dejando indefensa a la gran mayoría de los excluidos. Asomaba un escenario de ingobernabilidad e incertidumbre para los dueños del poder, y no alcanzaba con la salida autoritaria que prometía el entonces presidente Duhalde.

La gestión del kirchnerismo desde el año 2003 va a resolver la cuestión de la fuerte pérdida de credibilidad en el sistema y de la ingobernabilidad de la sociedad, recuperando aunque muy precariamente, el consenso y la tranquilidad social. Y lo hizo sin llegar a afectar las bases de sustentación del nuevo modelo.

La estructura económica siguió centrada en actividades estrechamente ligadas a la producción primaria, con alto grado de concentración y extranjerización.

La minería a cielo abierto (que devora montañas, envenena el agua y arrasa con los metales preciosos), sobre la base jurídica aún intacta de los años '90, va a tener un impulso notable a partir del 2003, con un funcionario del área reciclado de la década menemista y con un claro compromiso del matrimonio gobernante de apoyar a las transnacionales más poderosas (y depredadoras) del planeta.

El saqueo de los recursos de petróleo y gas va a hacer disminuir peligrosamente nuestras reservas, en beneficio exclusivo de las ET extranjeras (con YPF-Repsol a la cabeza, ahora con un socio menor, un empresario K), con una legislación heredada de la última dictadura, y con nuevas leyes que ampliaron los beneficios para los monopolios del sector.

Una notable expansión de la monoproducción de soja transgénica, promovida con las políticas públicas que llevaron a una mayor concentración y extranjerización del sector de los agronegocios, donde los efectos nocivos en términos económicos, sociales y ambientales, no son tenidos en cuenta porque constituyen obstáculos a la acumulación de superbeneficios de las transnacionales que dominan la actividad.

Una deuda pública que sigue creciendo (y pesando fuerte en el presupuesto), a pesar de que nunca se pagó tanto a los organismos financieros internacionales como durante este gobierno; y gigantescos subsidios a los grandes grupos empresariales, que condicionan seriamente el destino de los recursos del Estado hacia fines sociales.

Continúa rigiendo un sistema tributario altamente regresivo, donde pagan más impuestos los que menos tienen y menos ganan; y un sistema financiero que permite el control de los ahorros de los argentinos por parte de la banca privada y posibilita la permanente fuga de capitales; esquemas ambos que se rigen por

normas de la última dictadura que salieron de la mente iluminada del nefasto Martínez de Hoz y su equipo de funcionarios pro-imperialistas.

Mientras tanto, el IIRSA como modelo de infraestructura para el saqueo de nuestros recursos en beneficio del imperio, continúa avanzando. Siguen vigentes los tratados de protección 'recíproca' de las inversiones con los países dominantes, como también los tribunales del CIADI que intervienen ante reclamos de las empresas extranjeras radicadas en el país y que siempre fallan en contra del Estado argentino.

Los indicadores de la concentración y extranjerización de la economía muestran los niveles más elevados (al menos desde los años '30 del siglo pasado). Los indicadores de desigualdad distributiva están entre los más altos desde que se llevan estadísticas, para cualquier período anterior al año 2001. Persiste un elevado nivel de pobreza que afecta a un tercio de la población, con situaciones preocupantes para los menores y los más ancianos. Todo eso, luego de pasar, entre el 2003 y el presente 2010, por uno de los períodos de mayor crecimiento sostenido de nuestro PBI, y de los de mayores precios de nuestros productos exportables al mercado mundial, desde la organización nacional.

¿Para qué han servido esos recursos cuantiosos? Para mantener el modelo intacto, en beneficio de las minorías privilegiadas de siempre. Pero también han alcanzado para hacer un repudiable clientelismo y cooptar numerosas organizaciones sociales, manteniendo así un equilibrio inestable que se asienta en una caja abundante y en una corrupción servil al sistema.

¿Qué esperar entonces de este modelo y de la gestión que realizan los principales partidos políticos? Pan para hoy y mucha incertidumbre para el futuro. Porque es un modelo que hoy brinda muchos recursos líquidos, pero no es sustentable en el mediano plazo, ya que se basa en la sobreexplotación de los recursos y en el saqueo de nuestras riquezas. Y porque no es el resultado de una sola gestión presidencial, sino que ha venido siendo apoyado y defendido por quienes gobiernan el país en las últimas décadas (tanto oficialismo como oposición 'responsable').

El fallecimiento de Néstor Kirchner, principal sostén de una estrategia altamente eficaz que logró recomponer el deterioro del sistema partidocrático, si bien abre interrogantes respecto del futuro de la fuerza política en el gobierno y de los potenciales herederos, no significará un cambio en relación a las cuestiones centrales del proyecto dominante. El verdadero cambio social que se requiere para comenzar a transitar un sendero diferente, que ponga el centro de las preocupaciones en mejorar las condiciones de vida de toda la sociedad, vendrá de una profundización de la resistencia, de la unidad y la lucha de los sectores populares que se han mantenido firmes a lo largo de todos estos años, independientes de los vaivenes partidocráticos y de las influencias de los poderosos. Vivimos una situación de equilibrio inestable, donde la defensa de la democracia debe complementarse con una profundización de las libertades y de los derechos de todos. Y a eso no lo regala nadie. Se conquista.